

alas como el avestruz. Con razon, dice este santo, la persona de los escogidos está signficada en la garza ó en el neblí; los cuales en tanto que viven, aunque no pueden pasar sin que se les pegue algun polvillo de la culpa, y este peso los abate y deprime; pero la fuerza de sus muchas buenas obras les hace levantar el vuelo á lo alto. Y por el contrario, el hipócrita aunque haga alguna cosilla de virtud que le levante, pero son muchas las cosas que comete, que le apegan y detienen, etc. Esto es de san Gregorio. De lo cual se concluye, que las obras virtuosas son la prueba del verdadero amor, y las que ayudan al espíritu para que se levante sobre sí mismo en verdadera contemplacion; y que cuando faltan estas obras, se puede temer que el amor es de solas palabras, y los afectos y sentimientos fingidos, que pareciendo que levantan las alas para volar á lo alto, se quedan sobre la tierra, porque no buscan á Dios con amor de caridad, sino con la atencion torcida se buscan á sí mismos.

## CAPÍTULO XII.

QUE LA CARIDAD, CUANTO ES MÁS PERFECTA, TANTO SE  
DESCUBRE MÁS EN LAS OBRAS.

**S**i miramos con atencion la doctrina de los capítulos pasados, hallaremos: lo primero, que no es verdadera caridad la que se pone en algunas obras exteriores,

que no son más que una pura y desnuda ceremonia, y como una cortesía de palabras dichas con la boca, que mientras el corazon anda lejos de Dios y de la conformidad con su voluntad, se tienen por un puro cumplimiento. Lo segundo, tampoco son obras que proceden de verdadera caridad las que se hacen con intencion torcida, no por el mayor servicio divino, sino por el propio interés, huyendo de nuestro daño y procurando nuestro provecho; lo cual es muy propio, ó de los esclavos, que hacen plegarias y rogativas para excusar algun castigo, ó de los lisonjeros y pretendientes, que honran, alaban y hacen dones por sacar algun beneficio. De esta manera trataban con Dios aquellos de quien dice el Salmo <sup>1</sup>: «Acuérdanse que Dios es su ayudador, su amparo y su redentor. Pero todos éstos son amores que están en la boca, y mentiras que dicen con la lengua; porque su corazon no anda á las derechas con Dios, ni han sido fieles en guardar sus mandamientos.» Lo tercero, que este mismo engaño se puede hallar en los afectos interiores del corazon; porque no todos los que parecen buenos, lo son; y así como los frutos descubren qué tal era la semilla de donde nacen; así las buenas ó malas obras declaran, qué tales eran los pensamientos de donde proceden.

Vengamos ahora á otro caso que sucede muchas veces, cuando el afecto y sentimiento es en sí mismo bueno é inspirado de Dios, aunque la persona que le recibe es imperfecta y mal habituada; y es, como decia san Diadoco, como el hombre que en el invierno se pone al sol cuando nace, que por la parte que le da el sol tiene algun calor, y por la que no le alcanza, padece

<sup>1</sup> Psalm. LXXVII, 35-37.

frio; y aunque el calor en donde le tiene es verdadero, mas porque no le baña y penetra del todo, se dice que aquel hombre no tiene perfecto calor: así que no se puede dudar, sino que el que alcanza á tener algun acto de contricion, aunque sea en grado muy remiso, tiene verdadera caridad; ni se puede dudar sino que los llamamientos y sentimientos que hace Dios á los pecadores, áun antes que salgan del pecado, son buenos y del Espíritu santo que los va disponiendo á su justificacion; mas así como el niño cuando se va formando va camino de ser hombre, y en infundiéndosele el alma es verdadero hombre, y tiene la perfeccion esencial de hombre enteramente como los otros hombres; mas no por eso es varon perfecto, porque le faltan las fuerzas y la aplicacion á las ocupaciones y ejercicios que pide la edad perfecta en los hombres; de esa misma manera se ha de filosofar en la caridad, que aunque desde sus principios sea verdadera y tenga la perfeccion esencial de la caridad, pero es caridad niña; y así le faltan las fuerzas para las obras de los varones perfectos. De manera, que así como el obrar es indicio del vivir, y segun las diferentes edades son diferentes las ocupaciones y ejercicios que les corresponden; así tambien las obras son testimonio del amor, y las obras mayores y más perfectas, testimonio de más perfecto y mayor amor. Y por la diferencia de estas obras se distinguen las edades de la caridad en los incipientes, proficientes y perfectos.

En las cosas materiales se halla un ejemplo, que nos pone esta doctrina delante de los ojos. Si queremos encender un manojo de leña verde, escondemos dentro de él una brasa, y allí soplando se suelen encender primeramente las partes más delgadas y más secas de la leña; el cual aunque es verdadero fuego, y no le falta nada

de las propiedades esenciales del fuego, pero como por una parte es tan flaco, y por otra hay tanta resistencia de parte de la materia, tiene mucha dificultad para vencerla, y corre mucho peligro de apagarse. Así que es menester mucho cuidado para conservarle, y para que no se ahogue entre el humo y los vapores de la materia húmeda y verde. Este mismo discurso pasa en el aumento de la caridad, para hacerse robusta y perfecta. Porque no hay leña tan verde respecto del fuego, como lo es respecto del amor de Dios un hombre mal habituado y de pasiones no mortificadas, que se gobierna todo por los sentidos y tiene puesta su aficion en las cosas de la tierra. Pero si se envuelve en su corazon una santa y buena inspiracion, avivada con la meditacion y favorecida con la gracia divina, viene á encender fuego de verdadera caridad por medio del acto perfecto de contricion. Este fuego es sin duda á los principios muy flaco; y si á las pasiones vivas y á las costumbres arraigadas se juntan las ocasiones y tentaciones cotidianas, hay grande peligro de apagarse. Aquí no hay otro remedio, sino con santas meditaciones, con encendidos deseos, con afectos amorosos esforzar cada dia más la caridad para que vaya peleando y venciendo todos sus contrarios. Con estos santos afectos se sustenta el hombre espiritual en todos estados; los cuales son leche á los que empiezan para criarse, manjar sólido á los que se aprovechan para sustentarse, y vino suave y ambrosia celestial á los perfectos para embriagarse. Porque con estos afectos llenos de consuelo espiritual socorre Dios particularmente, como hemos dicho, la necesidad y peligro de los principiantes; porque por medio de ellos se disminuye el amor de las criaturas y se va despertando la estima y amor de las cosas celestiales, que es como

irse secando la humedad y verdura de los corazones carnales. Con el ayuda de estos santos afectos, se sufre con paciencia el humo de los malos pensamientos, y se purifica el olor de los malos afectos, y se cobra aliento para mortificar las pasiones y para vencer todas las dificultades que se ofrecen en el ejercicio de las virtudes; y esto es como ir arrimando todas estas ramas de nuestras pasiones y repugnancias al calor de la devocion, para que allí se tuesten hasta que, rendido y sujeto todo lo que hacia contradiccion, se enseñoree la caridad, y se encienda este fuego grande en el corazon del hombre, que le transforme y haga una cosa por amor con Dios.

Este fuego así encendido en el corazon del hombre espiritual, se sustenta y crece con las obras; y las primeras y más principales obras son los actos de las tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad; y de éstos proceden todas las demás obras virtuosas con que Dios es obedecido y reverenciado. La fe es la raiz, y la esperanza es como el tronco que da firmeza, y el fruto más sazonado es la caridad, cuyo ejercicio son los actos del amor, y sin el cual las demás obras cualesquiera que sean, no son obras de amor. Estas son las virtudes, con las cuales honramos y reverenciamos á Dios nuestro Señor en espíritu y en verdad, como él quiere ser adorado<sup>1</sup>. ¿Y para qué es menester gastar palabras en esto? Pues preguntando los judíos á nuestro Salvador<sup>2</sup>, «¿qué harémos para obrar las obras de Dios?» él respondió: Esta es la obra de Dios, que creais en el que él ha enviado al mundo.» Y de la esperanza dijo el apóstol san Pablo<sup>3</sup>, que vamos asidos de ella como de áncora firme y segura, que está aferrada, no en la tierra á donde estamos,

<sup>1</sup> Joann. IV, 23.—<sup>2</sup> Ibid. VI, 28, 29.—<sup>3</sup> Hebr. VI, 19.

sino en el cielo á donde vamos, y por esto no es áncora para estar fijos y quietos, sino para caminar: *Et incedentem usque ad interiora velaminis*. Que va andando hasta penetrar lo más secreto del cielo; porque ella es en sí obra excelentísima, y esfuerza y confirma las demás obras entre las tempestades de esta vida. ¿Qué diré de la caridad, en la cual consiste la perfeccion y union con Dios, y sin la cual las demás obras no se juzgan por obras, sino por palabras y por menos que palabras? pues dijo el Apóstol<sup>1</sup>: «Si hablare con lenguas de hombres y de ángeles, y no tuviere caridad, seré como metal que suena y como campana que retiñe.» Y no se contenta con esto, sino que dice, que será menos que un retintín de campana, pues afirma que no será nada. «Si tuviere, dice<sup>2</sup>, el don de profecía y conocimiento de todos los misterios, y si tuviere tanta fe que pase los montes de una parte á otra, y no tuviere caridad, nada soy; y si repartiere toda mi hacienda para sustentar los pobres; y si entregare mi cuerpo para arder en vivas llamas, y no tuviere caridad, no me aprovecha nada.» Pues luego no se glorie nadie de las demás obras si le falta la caridad, y si tiene caridad, ella es la que solicita á todas las demás obras, porque no puede sustentarse sin ellas.

Esta caridad cuando está perfecta, y como si dijésemos robusta y varonil, es la que decimos que consiste en obras y no en palabras. En obras se funda, de obras se sustenta, y á obras mueve y solicita. Fúndase en las obras de la via purgativa, susténtase de las obras de la via iluminativa, y mueve é inclina á las de la via unitive. De lo cual se ve que la caridad en cualquier estado que esté, en el principio, en el medio ó en el fin,

<sup>1</sup> I Cor. XIII, 1.—<sup>2</sup> Ibid. 2, 3.

siempre consiste en obras, aquellas que son acomodadas al estado que tiene; pero la caridad perfecta las abraza á todas. Porque esta tal caridad se funda en el dolor de los pecados, en el propósito de la enmienda, en el cuidado de huir las ocasiones, en la castigacion del cuerpo y mortificacion de las pasiones, y en el cumplimiento de los mandamientos de Dios y de la santa Iglesia, y de las obligaciones del estado de cada uno, que son todas obras de caridad incipiente. Y fundada sobre estas obras, se sustenta del ejercicio de todas las virtudes y de los actos de ellas siempre que se ofrece la materia y la ocasion, que por eso se dice <sup>1</sup>, «que la caridad es paciente, benigna, mansa, humilde, que no es envidiosa, ni ambiciosa, ni maliciosa, que lo cree todo, y lo espera todo, y lo sufre todo;» porque atribuirle á la caridad el ejercicio de todas estas virtudes, es decir que de todas se sustenta y crece con ellas. En los proficientes asimismo las obras de que se sustenta la caridad son todas las que pertenecen al cumplimiento de la divina voluntad, donde entra el cuidado de conocer y averiguar lo que en cada materia es á Dios más agradable para cumplirlo. Y por consiguiente, obras son en que se descubre el verdadero amor, abrazarse con todos los consejos del Evangelio, y ajustarse el religioso con sus reglas y sus obediencias, en las cuales tiene declarada la voluntad divina. En este número entra el exhortar á los tibios, el enseñar y aconsejar á los ignorantes, consolar á los tristes, corregir los inquietos, y otras semejantes, que aunque parecen palabras, en nuestro propósito son obras, y muy excelentes, con que crece la caridad; la cual cuando ha llegado á su perfeccion,

<sup>1</sup> I Cor. XIII, 4, 5, 7.

inclina y mueve con mayor fuerza á las mismas obras en que se funda y de que se sustenta. Porque así como un fuego poderoso nunca se harta con la leña que le aplican, porque crece con ella; así la caridad nunca se cansa de obrar, porque crece con las mismas obras, ni descansa sino es en la union con Dios; y por eso despierta y solicita á los ejercicios de la via unitiva, de los cuales diremos en su lugar.

### CAPÍTULO XIII.

QUE LAS OBRAS EN QUE CONSISTE EL AMOR HAN DE SER DE MUCHA COMUNICACION ENTRE LOS AMANTES.

**D**E dos notas ó advertencias que puso nuestro santo Padre por fundamento del ejercicio del amor, hemos declarado hasta aquí la primera, conviene á saber: *Que el amor se debe poner más en las obras que en las palabras; resta declarar la segunda: Que el amor consiste en comunicacion de las dos partes, es á saber, en dar y comunicar el amante al amado lo que tiene, ó de lo que tiene, ó puede, y así por el contrario, el amado al amante. De manera, que si el uno tiene ciencia, dar al que no la tiene, si honores, si riquezas, y así el otro al otro.* Esta doctrina parece dificultosa, no solamente de entenderse, pero mucho más de practicarse, si es así que ha de trabar amistad el hombre con Dios, y la criatura con su Criador. Porque las menguas y necesidades del hom-